



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 24 DE SEPTIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París, A. Lorette, rue Carnot 61; y J. Jans, Faubourg-Montmartre, 81.

Lo que se avecina

Vamos á entrar en el décimo mes del año. Van á reanudar las Cortes sus tareas y se ocuparán de la labor á que dieron de mano á causa de las vacaciones del estío.

Entre los proyectos pendientes de debate figuran las reformas de Marina, la obra de Ferrandiz, que no pudieron discutirse entonces, porque se dió la primacía á las de Guerra pero que serán discutidas ahora porque no es de creer que les haya perdido el cariño el citado señor.

Que no deja de pensar en ellas, lo dice claramente la real orden que publicamos hace días, referente á la formulación de dobles pliegos de cubasta de materiales, uno bajo el supuesto de que no fuesen aprobadas las reformas y otro teniendo en cuenta que pueden aprobarse y desaparecer por esa causa de los arsenales de Cartagena y Cádiz el carácter industrial que hoy tienen.

La cuestión preocupa justamente en ambas poblaciones, y prueba es del temor que se abriga en San Fernando la comunicación que su alcalde ha dirigido al nuestro, y que se leyó el miércoles en la sesión del municipio. En ella pide la autoridad local de la ciudad andaluza que se le manifiesten los acuerdos de este ayuntamiento relativos al mencionado asunto.

¡Acuerdos! Pero es que se puede hacer más de lo que ya se hizo? Una comisión de concejales presidida por el señor Sanchez Doménech y asociada de otra de la maestranza, se trasladó á Madrid en tiempo oportuno y expuso á Maura y á Ferrandiz el daño inmerecido que los proyectos de Marina iban á causar á unos cuantos cientos de trabajadores que han gastado sus fuerzas en el servicio del

Estado; pero ni Maura prometió nada concreto ni Ferrandiz tampoco. Palabras vagas; consideraciones que no resuelven el problema, nebulosidades que no llevan la tranquilidad á los espíritus porque en ellas palpita el propósito de que no se malogre la obra magna del ministro de Marina, por cuya virtud van á quedar abandonados, sin trabajo y sin pan, los obreros de los arsenales de la Carraca y Cartagena.

Y en qué momento va á ocurrir semejante desdicha? Cuando el asunto de las subsistencias toma carácter grave y preocupa al señor Maura hasta el punto de considerarse obligado á reunir el consejo de ministros para tomar acuerdos que aminoren el mal, ya que no sea posible estirparlo de raíz.

¿Qué puede hacer ya el municipio en esa desdichada cuestión? ¿Reproducir la súplica? ¿Volver sobre los argumentos que ya expuso á Maura y á Ferrandiz por boca de su presidente? No hay duda que lo hará, como no lo ha hecho tampoco de que ha de poner en los argumentos y en la súplica el vivo interés que le inspira la suerte de los trabajadores amenazados de despido.

¿Pero puede esperarse que dé buenos frutos una nueva gestión? ¿Puede fundarse en ésta la esperanza de que se consiga lo que hace pocos meses no pudo conseguirse? Desgraciadamente somos pesimistas y no esperamos nada. La única esperanza que tenemos era que Ferrandiz dejara el ministerio y no lo dejara ni le pierda el cariño á sus reformas.

Ahora, en la apertura de las Cortes, exija que se discutan, y se discutirán. De eso estamos seguros.

Pero en ese instante corresponderá á los diputados de Cartagena y Cádiz salir á la defensa de estos pueblos, que en momentos

tan críticos como los presentes, cuando el propio Maura se preocupa con el problema de las subsistencias hasta el punto de considerarse obligado á reunir el consejo de ministros para resolverlo en lo posible, se ven amenazados de un desastre: que no será pequeño si se quedan sin trabajo los obreros de las maestranzas de Cartagena y Cádiz, y sin pan sus familias.

TIJERETAZOS

Un periódico del Transvaal se lamenta de que los ingleses no cumplen con las condiciones del tratado de paz.

Y además de quejarse se indigna.

¿Por qué?

¿No es Inglaterra la parte más fuerte de las que contrataron?

¿Para qué en su derecho haciendo del tratado un engaño y capicoteo?

Estamos en pie de reinado de la fuerza y la pérdida Albión sea de la que tiene.

La prensa se ocupa con mucho interés del pleito liberal, pero duda de que se haga la unión.

Es verdad que Montero Ríos y Moret han declarado que harán cuantos sacrificios se necesiten por la unión de ambas ramas: pero no hay que olvidar que no ha mucho dijo Canaleja:

«Por la puerta opuesta á la que sirva para que entre Moret saldré yo»

Sin embargo: como la política da origen á tantas sorpresas, quizá ante el jefe del canalejismo se sacrificará también por no ser menos, apechugando con Moret.

Y la verdad es que algo ha de hacer si se pacta la unión, porque si se queda fuera se va á divertir.

Como no se entretenga haciendo solitarios...

Y la política de la soledad no se cosa que le gusta cultivarla á Canaleja.

Leemos:

«Los panaderos de Zaragoza han celebrado una reunión, acordando solicitar de los patronos doce horas de jornada, quince por ciento de aumento en el jornal y un día de descanso en la semana.»

¿Tienen el descanso dominical y piden otro?

Ya puestos á pedir, pidan el descanso de toda la semana.

En cuanto á las doce horas de trabajo que solicitan, nos llama la atención.

Como nos llama también la promesa que han hecho á las autoridades de que aunque se declararan en huelga habría bastante pan.

Si los obreros van realizando su labor planteando conflictos ¿qué esperan los panaderos zaragozanos haciendo esa huelga que pudiera llamarse de cerato simple?

Escenas del sitio de Puerto Arturo

El príncipe de Radziwil y el subteniente Christophoroff, oficiales del ejército ruso, llegados el 19 á Chefá procedentes de Puerto Arturo, relatan detalles de la terrible lucha que en aquella plaza se desarrolló:

«En el último ataque, las pérdidas de los japoneses fueron enormes.

Algunos días después se veía aún á los heridos levantados los brazos, pidiendo socorro, que no se les podía dar á causa del espantoso fuego que se cruzaba entre los sitiados y sitiadores.

El encarnamiento de la lucha era indescriptible, los japoneses se lanzaban á la bayoneta con empuje terrible, sin hacer caso de las bombas rusas, que dizimaban las filas de los asaltantes.

Cada vez que, éstos llegaban á las posiciones moscovitas, se empeñaban luchas cuerpo á cuerpo de una ferocidad inaudita y sin cuartel.

El ataque es tan furioso y la defensa tan encarnizada, que el Puerto Arturo cae en poder de los japoneses, tendrá lugar una matanza general.

En los alrededores de la plaza, hay montones de cadáveres que se corrompen y no se pueden retirar.

Los oficiales rusos aseguran, que no podrá ser tomado Puerto Arturo, sino después de un largo sitio.

El príncipe de Radziwil dice que estuvo con los ingleses en la guerra del Transvaal; pero que antes de presenciar el sitio de Puerto Arturo, no tenía idea de lo que eran verdaderamente los horrores de la guerra.

Llega á tanto el furor de los combatientes, que ni la enseña de la Cruz Roja, ni la bandera blanca de los parlamentarios, es respetada por aquéllos.

En una alocución dirigida á la guarnición por Stoessel, dijo éste que la actitud actual de los japoneses, demostraba la necesidad de resistir hasta la última gota de sangre; pues si la fortaleza era tomada por asalto, los oficiales japoneses no podrían conponer á sus soldados, ni impedir que, en furor, desbordándose, rebasase los límites de la humanidad, entregándose al pillaje y á las matanzas.

Por este motivo, Stoessel no se opuso á la partida de la población civil.

Cuando aconeció á 300 mujeres, que salieran de la plaza, éstas rehusaron, declarando que afrontarían gustosas los horrores de un asalto, antes que abandonar su puesto en los hospitales.

Durante el curso de los últimos asaltos contra la fortaleza, dos compañías japonesas pidieron merced á los rusos, arbolando la bandera blanca.

Los rusos continuaron el fuego contra las compañías japonesas.

Por otra parte, las tropas japonesas, que se encontraban detrás de las dos citadas compañías, enteradas del abaso hecho de la bandera blanca, abrieron el fuego sobre sus camaradas, matando á más de 600, que cayeron sobre los cadáveres en descomposición de las víctimas de los ataques precedentes.

Del inventario hecho por el general Stoessel de los aprovisionamientos de la plaza, resulta que hay municiones para cinco meses, y víveres, como arroz y pan blanco, para seis meses.

Se hicieron grandes preparativos para oponer resistencia en los fuertes de la Colina de Oro y Montaña Eléctrica, acumulando víveres y municiones en abundancia.

La guarnición de Puerto Arturo está reducida á 8.000 hombres.

La guardia civil ha sido llamada á la defensa de los fuertes.

El general Stoessel ha dado orden de que no salga de la población ningún europeo.

El periódico «Novoie Krai» ha sido suspendido desde el 3 del actual.

Madrina Stoessel, que se decía había abandonado á Puerto Arturo, dirige los trabajos de la Cruz Roja y acompaña á su marido en los fuertes durante el combate.

El Observatorio de Rocuetas

España se verá muy pronto dotada de un Observatorio de Astronomía física que nada tendrá que envidiar á los más perfec-

El tío La Lluvia le siguió y le dijo: —¿Estamos bien solos? —¡Oh! completamente. —El criado del señor baron, se esconcha tras las puertas? —Voy á despadirle. Espere Vd. Beltran llamó y dijo al ayuda de cámara: —Vote á casa de Bignon, y dí que me traigan de comer. Cuando el criado hubo salido, Morlux se sentó, avanzó una silla al tío La Lluvia y le dijo: —Ahora esconcho á Vd. —¡Ah! tenemos mucho que hablar, señor baron. —¿De veras? —Vd. va á ver: Voy, por de pronto, á explicar á Vd. el pequeño mecanismo de mi negocio! Las gentes que yo empleo me son fieles, las unas por puro interés, las otras por necesidad. —¿Cómo así? —Oiga Vd., cada cual en este mundo tiene sobre la conciencia algún pecadillo; há sido uno joven, ha habido necesidad de dinero... Hace diez años habíaba yo pared por medio de un joven empleado en una casa de banco. Tenía el tal

No obstante, al volver á su casa aquella noche había las siete se hizo esta reflexión: —¿Habré sido víctima acaso de un engaño? Será, por ventura, el tío La Lluvia un bribón diestro? Tengo entre manos una excelente arma para vengarme; pero tras de que no es suficiente, no me encuentro de humor de dejarme robar 200.000 francos. Los temores de M. de Morlux se desvanecieron en el umbral de la puerta de su casa. —Un hombre mal puesto, á quien no conozco, le dijo el ayuda de cámara, pero que pretende tener absoluta necesidad de ver al señor baron, se ha presentado hace un momento. —¿Ha dicho su nombre? —Espera al señor baron en el comedor. —Está bien, dijo Morlux echando á andar. Entró en el comedor y reconoció al tío La Lluvia sentado humildemente en el borde de una silla con su sombrero grisiento en la mano. —¡Ah! ¿es Vd? dijo Beltran, empezaba á inquietarse. —Señor baron, ¿hacia Vd. mal; nunca he faltado á una palabra. —¿Quiere Vd. pasar á mi gabinete? dijo Beltran que tiró de la campanilla para pedir una lámpara.

amigo. Esto es debido que dará á Vd. la prueba que pide. —¿Cuándo? —De aquí á tres días. —¿Y por qué ese plazo? —Porque quiero que no haya lugar á «quid pro quo». —¿X... ¿de aquí á tres días? —Quizás antes... pero hé aquí mis condiciones. —Háble Vd. —Usted va á dar su palabra de honor de que no verá á la señorita de Valbonne antes de haberme vuelto á ver á mí. —Conforme. Se lo prometo á Vd. —Pues retírese Vd. todas las noches á su casa á las ocho, empezando desde hoy, y permanezca Vd. en ella hasta las diez. —¿Por qué? —Porque mañana ó pasado... puedo presentarme en ella de improviso. —¡Ah! —Y decirle á Vd.: Amigo Oliverio, venga Vd. conmigo. Ha llegado la hora de probarle lo que le dije. —¡Ah! ¡es imposible! murmuró Oliverio. Melania es una mujer honrada.